

Lcdo. Tony Rafal
Secretario de Estado de Cultura

Palabras de Exaltación

La utopía es una hermosa metáfora para agrupar la esperanza del mundo cuando los pueblos buscan, de manera solemne, volver a la felicidad, o bien, restablecer una ilusión sublime cuando los avatares de la soledad no dan respuestas a las contradicciones, a los paradigmas y a los proliferantes desencuentros por los cuales va la humanidad actual.

Basta una sola lectura, un viaje figurativo por el peregrinaje que la civilización inicia cuando distintas generaciones confluyen para ser protagonistas de una época, en la cual el sentido de la pertenencia de las cosas aparenta ser una agonía de recuerdos y deseos insatisfechos.

Si nos detuviéramos vigilantemente a observar las noticias que nos llegan de todos los rincones del planeta, pensaríamos que éste sigue palideciendo por la falta de amor y que una gran atmósfera de vacíos en el alma, destierra las quimeras que necesitamos para abastecer nuestros sentimientos.

Habría que replantearse y, tal vez, también reformular, cuáles son los gestos y las acciones que evidencian el arraigo de un acto creativo en las conciencias colectivas, cuando este acto es puro y puede cuantificarse a través de las voces que cohabitan el espacio del lenguaje con un orden de circunstancialidad, donde podemos instaurar con cierta multiplicidad, la magia de una vida hermosa lejos de la asfixiante cotidianidad y de artificiales posturas.

Nos asomamos esta noche, señoras y señores, a un homenaje nacional de entrañable significado, a la consagración feliz de una mujer excepcional, cuyo universo interior literalmente es una ventana desde donde nos ofrece la genialidad de su arte.

Hilma Contreras, ganadora a unanimidad del Premio Nacional de Literatura en su versión 2002, que otorgan conjuntamente, por mandato presidencial, la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Cultura, ha estremecido, con su transparente ternura y elevada dignidad, como nunca antes, a excepción de la Medalla de Oro que se entregara, costeadada “por suscripción pública, como homenaje a la cantora ideal de una patria mejor” en 1879, a la eximia poeta doña Salomé Ureña de Henríquez.

Hilma Contreras desde su silencio, soledad y retiro voluntario de la algarabía y verborrea de la vida pública, nos ha hecho florecer de entusiasmo. Su refinamiento, su don de gente, sus suaves palabras de reconfortante sabiduría y prudencia, en cada declaración ofrecida a la prensa, desde el momento mismo en que se conociera el veredicto del Jurado del Premio integrado por los Rectores de prestigiosas universidades y la Secretaría de Estado de Cultura, han acrecentado maravillosamente la fascinación y el encanto que sólo una figura de indiscutibles méritos espirituales alcanza conjuntamente con su obra creativa y legado a las generaciones.

Este reconocimiento que hoy proyectamos, se produce en medio de un florecimiento cultural sin paralelos. El país entero vibra con sus fibras más sensibles ante acontecimientos culturales diversos, como si la admisión de lo creado, de lo que surge como combustión de los sentimientos y de las acciones artísticas, se trocara en energía sustancial de un perfil nacional, que procura su identidad, que la recrea por caminos y parques, por recintos y plazas. Pintarrajeadas, al ritmo de sus tambores y cantando sus melodías al viento, ondulando sus cuerpos frente al mar, construyendo un texto local de tradiciones y memorias, hurgando en la patria diminuta donde su orgullo legitima su derecho a existir.

Llevando sus dibujos y óleos por los complejos hoteleros o mostrándolos en la calle El Conde al mejor postor, o empapelando los altos postes del alumbrado con sus trazos nerviosos para anunciar una velada o declarar en lo alto un amor furtivo, escribiendo sus versos y leyéndolos en tertulias y en cafeterías, articulando ensayos, volcando

hacia la narrativa el universo de pájaros y angustias que sobrevuelan su manchado territorio de penas y desamores, vistiendo las mejores galas en los conciertos en mangas de camisa, tomando los escenarios del arte y asumiendo cada gesto como tentativa de victoria sobre la cotidianidad, así vamos, junto a una inmensa mayoría que se realiza y se desborda en los confines de todo acto cultural, de toda forma expansiva de la creación tangible e intangible de los pueblos.

Y en medio de este inmenso homenaje, nuestra Secretaría de Cultura acaba de firmar acuerdos con la Unión de Escritores Dominicanos y con la Casa del Escritor (instituciones que agrupan a los creadores literarios del país); acuerdos que ponemos en vigencia, garantizando por primera vez al escritor dominicano, niveles de seguridad social que se corresponden con el aporte que hacen.

Como parte de ese clima cultural, creado entre el Estado, el Sector Empresarial y las Instituciones Culturales Populares, anunciamos la creación de la Editora Nacional, que iniciará formalmente sus trabajos en el edificio que alberga la Biblioteca República Dominicana, el próximo cinco de abril, en un acto donde pondremos en circulación los primeros libros, producto de esta demanda de años del sector cultural, la cual fue ratificada en el exitoso Foro Consultivo, efectuado recientemente y que nos llevará al Primer Congreso Dominicano de Cultura y Desarrollo que celebraremos los días 30 y 31 de agosto de este año, donde entregaremos al país un Plan Decenal de Cultura, en el que el escritor y el libro nos conducirán a ser un país de lectores.

¿Qué mejor marco para entregar este premio a esta mujer especial, que los anuncios que vitalizan y forjan la esperanza digna, como sustento real del escritor dominicano? En ella, la posibilidad abierta de quebrantar un acero antiquísimo, prejuiciado al máximo, discriminador, abusivo, que conllevó el ocultamiento y el silencio de la mujer dominicana, de su magna obra, de su papel histórico, tanto en el siglo XIX, como en el siglo XX, ya sea en la lucha cívica y patriótica, en la enseñanza o en la escritura

desdeñada por patrones aberrantes, a cuyos estertores asistimos como sepultureros de espacios y épocas oscurantistas.

Hilma Contreras dice que “escribe para ser feliz y llenar su tiempo”. Pero no sabe ella que somos nosotros ahora, quienes estamos felices y regocijados de reconocer su obra de toda una vida, de elevarla al ámbito de la inmortalidad, que solo corresponde a los elegidos, a quienes hacen florecer como los niños, día a día, la esperanza en la faz de la tierra, para amarnos a través de las palabras y de la conciencia viviente, que es la Luz de Dios.

Gracias, Hilma Contreras, por permitirnos a la Fundación Corripio, a las Secretarías de Estado de Educación y de Cultura y al pueblo dominicano, brindarle respetuosamente nuestros testimonios de admiración y respeto.

25 de febrero de 2002